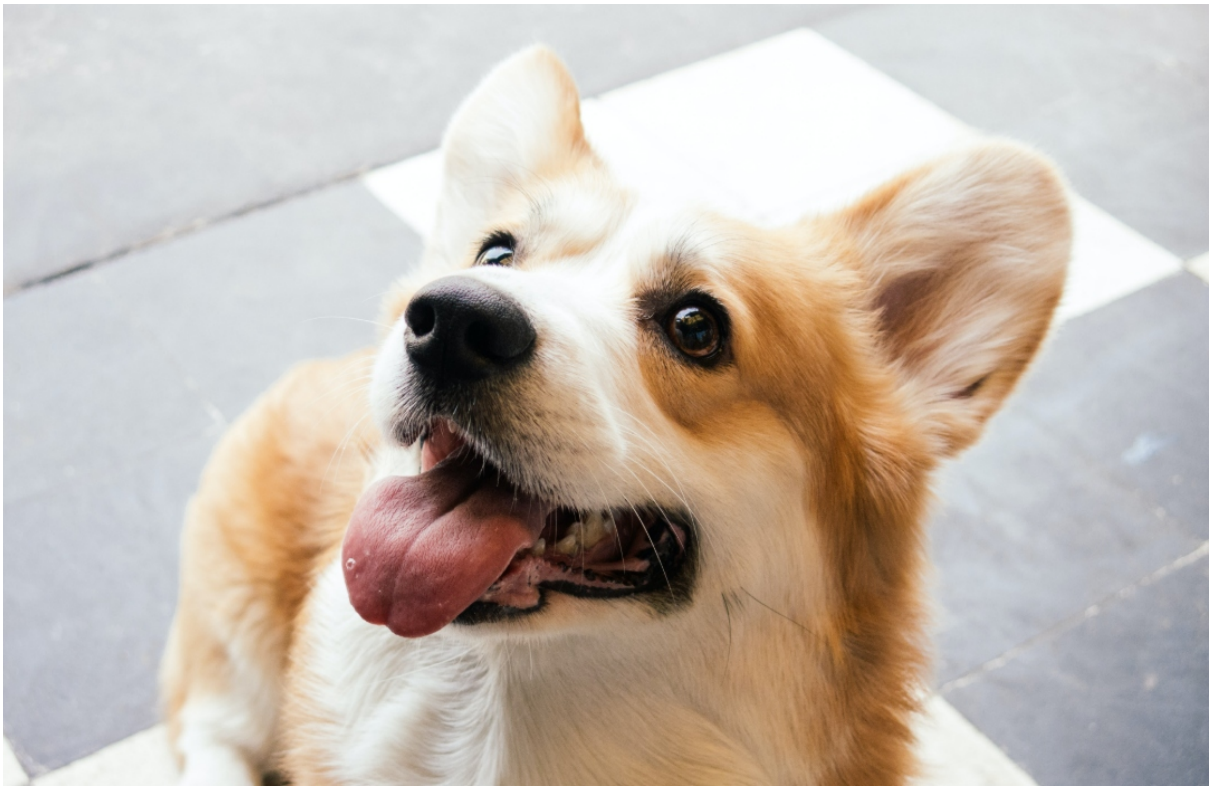
NUESTRO ACTO HEROICO EN LA MONTAÑA

Por fin llegaron las Navidades y con ello el momento en el que Sara y su grupo de amigos iban a emprender el viaje que tanto habían estado preparando. Ya tenían 16 años y sus padres les habían dado permiso, por primera vez, para ir a pasar tres noches en un refugio de montaña, en Panticosa. Estaban todos muy emocionados y con muchas ganas. Llevaban las mochilas a rebosar de ropa de invierno, comida y regalos de Navidad que se iban a hacer entre ellos. Harían alguna excursión o actividad que el tiempo les permitiese y, con un poco de suerte, hasta irían a esquiar, aunque para esto tendrían que convencer a Patricia, que estaba aterrada de sólo pensarlo.

Era 26 de diciembre, las 5:00 de la mañana y el autobús que les iba a llevar a su destino estaba a punto de llegar. Carlos, como siempre, llegaba tarde, pero todos tenía claro que, en el momento en el que apareciera el autobús, él iba a estar allí, y así pasó, llegó un minuto antes. Una vez dentro del autobús, se sentaron los cinco juntos en la parte de atrás, muy contentos de haber encontrado esos asientos vacíos. Durante el primer tramo todos callaron, rendidos de sueño, pero ya cuando quedaba una hora de viaje, se fueron despertando unos a otros con la excitación propia de la aventura que se les presentaba. Alejandro, cómo no, estuvo molestando a sus amigos y, de paso, al resto de los pasajeros del autobús, ya que no se le ocurrió mejor idea que empezar a desplegar los sacos de dormir para taparse con ellos porque tenía frío.

Llegados a la estación de autobuses de Panticosa, fueron los primeros en bajarse, ya que no podían esperar un minuto más. Allí mismo les esperaba Félix, el tío de Sara, al que

todos conocían por las historias que ella les había contado. Félix les llevó en su camioneta hasta el refugio y como él ya tenía experiencia en este sitio, les guió y les ayudó a acomodarse; también les dejó claro que podían contactar con él si tenían cualquier problema.
El primer gesto que tuvieron Sara y sus amigos al llegar y ver la enorme casa de piedra, antigua y polvorienta, fue echarse las manos a la cabeza y pensaron que, tal vez, no había sido tan buena idea, aunque rápidamente recapacitaron y se dieron cuenta de que no se trataba del lugar, sino de estar juntos. Después de instalarse, repartirse las literas y guardar las maletas, fueron al primer bar que encontraron, al lado del refugio, donde desayunaron su café con cinco churros cubiertos de chocolate. Llegaban hambrientos y los churros olían que alimentaban. La mañana la dedicaron a los juegos y actividades que habían previsto. En la enorme explanada delante de la casa se pusieron a hacer todo tipo de piruetas, entre ellas, una especialmente arriesgada, pero que les hacía ilusión intentar y prepararon muchos montones de nieve a su alrededor, dando por hecho que, si se caían en el intento, la nieve les amortiguaría la caída. Consistía en hacer una torre humana en la que los dos de abajo, en este caso Alejandro y Carlos, se colocaban de base y luego otras dos, que serían Patricia y Sara, tenían que subirse en sus hombros, y una última persona tenía que treparlos a todos y colocarse arriba del todo, de pie, sujetada por las dos que estaban en el segundo piso. Ninguno dudó ni un segundo en que la que tenía que colocarse en lo alto tenía que ser Carla, porque era la de menos peso y la única a la que veían capaz de treparlos a todos y colocarse de pie; sin embargo, ella tenía sus dudas. Tras varios intentos, avanzaron bastante pero no llegaron a conseguirlo; en uno de ellos, Carla estuvo a punto de conseguir sostenerse de pie, pero apenas duró un segundo, ya que perdieron el equilibrio y se cayeron todos sobre la nieve.



A la hora de comer volvieron al mismo bar, pues si el desayuno lo habían encontrado apetitoso, se imaginaban lo buenos que podían estar los bocadillos que habían visto en la

carta. Por la tarde, estuvieron bastante tranquilos, descansando de todo el deporte que habían hecho por la mañana y vieron un par de pelis; la primera, de amor, que eligió Patricia, ya que eran sus favoritas, y aunque nadie parecía estar de acuerdo en ponerla, a todos les encantó. La segunda, de terror, la eligieron Alejandro y Sara, pero se arrepintieron ya que les dio tanto miedo que al acabarla no se atrevían ni a ir al baño solos. Se prepararon para salir y el sonido de la noche en la montaña imponía; además, Alejandro empezó a gastar bromas con un monstruo para meterles miedo. La broma fue graciosa hasta que oyeron unos gritos. Por un instante pensaron que no era más que otra de las bromas de Alejandro, pero al girarse vieron un gran resplandor que iluminaba el cielo nocturno.

- ¡Dios mío! - exclamó Carla.
- ¡¡¡FUEGO!!! -gritaron, al unísono, todos los demás.
Echaron a correr tan rápido como pudieron para ver lo que estaba pasando y, al acercarse, no podían creer lo que veían sus ojos: una casa, junto al refugio, en la que vivía una familia se había incendiado.
- ¡Rápido, llamad a los bomberos! - gritó Patricia.
-Estoy en ello - respondió Carlos.
-Ya me encargo yo, que tú eres el más lento - dijo Sara, con el nerviosismo propio de la situación.

Los dueños, una pareja y su hija, habían conseguido llegar a la salida sin sufrir daños, pero no tardaron en darse cuenta de que les faltaba Moly, su pequeña perrita blanca; se había quedado atrapada dentro. Los cinco amigos se acercaron al matrimonio para tranquilizarlos y ofrecerles sus abrigos, ya que hacía mucho frío y los ocupantes de la casa habían tenido que salir con su pijama. La perrita se asomó a una de las ventanas y empezó a ladrar asustada. Tras unos segundos de vacilación, a Sara se le ocurrió una brillante idea.

- ¡Chicos, venid! -les dijo a sus amigos.
- ¿Se te ha ocurrido algo? - preguntó Alejandro.
- Hacer una torre humana como la que hemos estado practicando esta tarde; si conseguimos mantenernos en pie llegaremos hasta el balcón donde está la perrita.
- Pero, ¿de verdad crees que podemos hacer la torre en estas condiciones sin hacernos daño? - preguntó Carlos.
- Esta mañana casi nos ha salido, hay que intentarlo, la perrita nos necesita - responde Sara.
-Yo estoy de acuerdo, no aguantará hasta que lleguen los bomberos - añade Patricia. Sara se sorprendió de que Patricia la apoyara, ya que no era la más atrevida precisamente.
-Venga, yo debajo; Carlos, conmigo - dijo Alejandro.
-Está bien; Patricia y Sara, y arriba, Carla - respondió Carlos.
Alejandro y Carlos rápidamente se pusieron en posición para que las chicas treparan por sus espaldas.
- ¿Crees que podrás hacerlo? -le preguntó Patricia a Carla antes de subirse.
-No estoy muy segura de que pueda coger al perrito, es arriesgado y me está dando mucho miedo - dijo Carla atemorizada mientras veía que sus amigos ya estaban formando la torre.
- ¡Seguro que puedes hacerlo! - le animó Sara- ¡Todos confiamos en ti!

- ¡Tú puedes, Carla, venga! -le animaron también Carlos y Alejandro.

Carla se giró y al ver la cara de angustia de los dueños de la casa miró a sus amigos y, sin pensarlo dos veces, comenzó a trepar hasta llegar a la cima de torre que habían formado. Sus amigos la siguieron animando diciéndole que ya casi lo tenía y sólo necesitaba estirar un poco más los brazos para conseguir rescatar a Moly. Y así lo hizo. El equilibrio era difícil de mantener en esas condiciones y le temblaba todo el cuerpo, pero Carla reunió todo el valor que pudo, extendió los brazos y alcanzó al perrito. Una vez en sus brazos, lo arrojó a los brazos de sus dueños, que ayudaban a sostener la torre humana, y descendió. La alegría de los dueños, al volver a estar con su perrita Moly, fue inmensa, sobre todo de la hija, y Carla supo que el esfuerzo había merecido la pena. Cuando llegaron los bomberos, enchufaron las máquinas a toda presión y consiguieron apagar el fuego en poco tiempo. La alegría de recuperar a la perrita casi hace olvidar las pérdidas sufridas en la casa, que comprobaron se podría reconstruir con cierta facilidad, y decidieron pasar aquella noche junto a Sara y sus amigos.
Los dos días restantes fueron bastante tranquilos, en comparación con el primero. Hubo más juegos y lo pasaron genial; hasta consiguieron convencer a Patricia para ir a esquiar. Cuando volvieron a casa, contaron a todos lo sucedido la primera noche y alabaron su acto de valentía. Después de año nuevo, la familia de la perrita Moly contactó con ellos y les invitó a pasar unos días en su casa, reformada y como nueva. Aceptaron encantados. Volvieron, disfrutaron y la familia, agradecida, les ofreció volver siempre que quisieran.

Laura Sofía Pérez 1º Bachiller